

## EL CID, PERSONAJE MOZARABE

La grandeza del Cid obliga a transferir el estudio de su personalidad del plano psicológico al histórico. Su perfil sólo adquirirá la dureza necesaria para no estar a merced de las interpretaciones pasionales cuando se le considere como una necesidad histórica. Cuando se le vea erguido no sobre unas reacciones personales, motivadoras de heroísmos y de entusiasmos egregios, sino sobre unos postulados culturales que lo aclaren y conviertan en símbolo. Y no símbolo de abstracciones, más allá de las exigencias meramente históricas, como de la lealtad, del valor, del amor a la Patria, sino cifra y resumen de concretos y reseñables movimientos colectivos con su marco cronológico. No son valores éticos los que juegan al calibrar una personalidad tan en el ápice de la publicidad como la del Cid, capaz de provocar adhesiones tan desmedidas como las de sus mesnaderos, y odios y recelos como los que despertaba entre los cortesanos. En el drama del Cid debe de haber algo más profundo y auténtico que la pura sugestión personal por muy hazañosa que se exhiba y que nos dé la clave de tantas simpatías y rencores tan obstinados. Con medidas puramente humanas y sin dimensiones históricas es imposible ex-

plicar la reiterada desconfianza real y la propensión, digamos ex-céntrica, del Cid, y su afición por las empresas marginales a las que exigía los destinos de los estados cristianos españoles. En esta voluntad de singularidad del Cid y en esta aprensión de Alfonso hay algo más que motivaciones de tipo personal. Algo más que un complejo de envidia o de odio. Grandes fueron las hazañas del Campeador, y, sin embargo, su huella en las rutas históricas de España fué tan leve que casi desapareció con su muerte. Su esfuerzo gigantesco no se ayuntó hombro con hombro con los de otros adalides contemporáneos. Allí queda solitario y encumbrado, teniendo que ser recogido por la poesía para que resulte modélico no desde un punto de vista nacional, sino humano. Y la fidelidad y la bravura y hasta el amor conyugal se consignan como virtudes individuales de este hombre extraordinario, desplazado, según la poesía, en virtud de la entereza de estas mismas virtudes, de las nacionales decisiones de la Corte. Y así ha corrido por la literatura este héroe insolidario, sugiriendo conflictos y fervores capaces de ser dramatizados y exaltados poéticamente, afín a los tipos épicos cuya preeminencia se encuentra más allá del tiempo y del espacio. Esta misma aptitud de poetización lo desintegra del bloque nacional, donde todos los esfuerzos de una época tan crítica como la de la vida del Cid se consumían y desindividualizaban en empresas colectivas. La singularidad de nuestro héroe no proviene de un heroísmo excepcional, sino de la soledad de sus hazañas.

Hay en el fondo de toda poesía popular un canto al rebelde. Se canta a aquél tocado directamente por

los dioses, cuyo esfuerzo proviene de un destino personal y cuyos heroísmos no los provoca ninguna genérica obligatoriedad. Los tipos épicos plantan siempre sus tiendas en los bordes de los campamentos. Y sus pesares y sus ímpetus hazañosos rara vez coinciden con las fortunas y con las miserias de su clan. A estos protagonistas de poesía los rodea en todos los momentos una aureola de desterrados. En el fondo de sus heroísmos se sienten solitarios y cercados por la misma grandeza de su personalidad. Todos ellos —y el Cid no es una excepción— realizan empresas que por gigantescas que sean se extinguen con su vida. Su eficiencia no alcanza mucho más allá del radio de acción de su brazo. Por eso el capítulo más melancólico es aquel de la dispersión de los compañeros del héroe cuando, faltos del destino hazañoso que los encuadraba, se encuentran sin tierra ni ideales que los sustenten.

Esta poetización no es más que la sublimación del aislamiento. Allá quedan los héroes aislados, entregados a sus rencores. Pero los aqueos son desbaratados bajo los muros de Troya, y el Rey de León tiene que levantar el sitio de Zaragoza. Lo poetizable de su heroísmo proviene precisamente de esa zona de insularidad y desvío de la obligación colectiva. Se ve entonces al héroe entregado a sus propias fuerzas, ausente de ese contagio de poder que emana de una organización estatal con su ruta desflanqueada a todas las asechanzas.

La aventura es siempre extravío. Y el pueblo, siempre sedentario, aposado sobre la gleba, ve, con una nostalgia que hace derivar en canciones al hombre marginal, al que marcha sesgado a la ruta de su tiem-

po. En él se simboliza un disconformismo que al poetizarse rebasa los concretos motivos históricos que lo sugieren. Y cifra en el personaje solitario unas virtudes que, en cierta manera, disculpen y justifiquen su soledad. Lo hace moverse siempre en clima dramático. Su destino encrespa la normalidad cada vez que intenta apartarse de las hazañas singulares. Su desarraigo es su tortura y, al mismo tiempo, la razón de ser de sus triunfos. Y su *fatum* estriba en su incapacidad de legalidad, en una reiterada obstinación de todos los elementos a un encaje normal del héroe en su tiempo. Porque el fondo de amargura de estos héroes radica en esa contradicción entre sus anhelos y sus hazañas. Esto es muy peculiar de los héroes germánicos, con los cuales el Cid poetizado tiene muchas analogías. Una esperanza de fidelidad rebrota siempre, pero se ve dificultada por la inaccesibilidad de monarcas a quienes servir. En el fondo de su alma, pese a los desbordantes botines, sienten la intrascendencia de sus hazañas. Quedan estas hazañas prendidas en pervivencias poéticas. Pero inoperantes históricamente. Una seriedad de desterrado sombrea los momentos más triunfales. Y es precisamente sobre las nuevas tierras conquistadas con sólo la eficacia personal del héroe donde surge reavivado el recuerdo de los viejos campos natales. En vano las rutas victoriosas satisfacen los apetitos poéticos del pueblo. Una entrañable desazón obliga al héroe a mirar como extrañas aun aquellas venturas que ha conquistado con su esfuerzo.

Hay una misteriosa coincidencia de todos los mitos heroicos en el carácter expiatorio de las ha-

zañas. Se convierten así en trabajos cuya áspera realización purifica al desterrado, que sólo de esta manera puede advenir a la gracia de los dioses. En este esfuerzo, la poesía popular, con oscuras motivaciones, quiere ver la sanción de su singularidad. La insolidaridad de los egregios sólo a costa de renovados y altivos sacrificios es posible mantenerla. Pero la musa popular carente de visión histórica tiene que explicar el desvío del protagonista por causas estrictamente personales y genéricas. Son actitudes humanas intemporales que han de conmover a las generaciones en la intemporalidad del poema.

\* \* \*

Pero esta excepcionalidad de los hombres señeros con aficiones colectivas tiene que basarse en temas también colectivos. Si contemplamos la vida de estos héroes en función de los movimientos históricos de su tiempo, nos encontramos con que han representado algunos de esos estados de opinión que por su carácter retardatario o innovador han sido excéntricos al entonces imperante. Quedan así estos hombres, exentos de caprichosidad, subordinados a una dimensión histórica que no los despoetiza, pero nos lo aclara. Ellos, tan solitarios y desarraigados de su vida, quedan después de esta explicación homogéneos con su generación, adscritos al cuadro de fenómenos con justificación histórica. Sobre el pavés de la poesía estos hombres se nos aparecen simbolizando corrientes culturales que quizá no hayan coincidido con la fluencia normal de su época, pero que han sido, sin embargo, lo bastante vigoroso-

sas para su recuerdo poético por el pueblo. Y a juzgar por los ejemplos que de estas heroizaciones nos han quedado, podemos formular casi con valor de ley que los héroes poematizados encarnan anhelos populares que se ven contradichos y violentados por otras fuerzas políticas que acaban por predominar. La nostalgia por estos héroes es la del pueblo por sus ideales. En la perenne melancolía que anida en el fondo de estos expatriados, revive el pueblo sus decepciones. Un sentido tradicional de la vida es el que generalmente encarnan. Nuevas exigencias culturales los desplazan de la dirección de la sociedad, y allá queda en la poesía, justificando esos islotes sueltos de sus hazañas con motivos puramente humanos, capaces de ser intuídos genéricamente.

Con estas prevenciones advengamos al Cid y nos lo encontraremos efectivamente situado en la entraña de una de las actitudes culturales que se disputan en su tiempo la dirección de España. Es ya tópica la consideración de este siglo XI como uno de los más críticos de nuestra historia. Con él se inaugura una mentalidad que ha de continuar durante toda la Edad Media, eclipsada a veces, otras triunfante, pero alentando siempre a nuestros mejores monarcas y políticos. En este siglo España entra en la órbita del europeísmo, sacudiéndose heroicamente arabizaciones y orientalismos que desde hacía tres siglos conformaban lo mejor de nuestra cultura. Los testimonios culturales del siglo X son netamente de abolengo musulmán. Es extraña, y sólo comparable a las modernas adaptaciones misionales de la iconografía cristiana a las culturas exóticas, la encarnación de las ideas más ortodoxamente romanas en

formas afro-andaluzas. Las miniaturas de este siglo nos revelan una sociedad arabizada en donde la pasión más explosiva y delirante se expresa en ritmos lineares y cromáticos de inspiración oriental. Esa terrible violencia espiritual que acreditan estas figurillas desorbitadas de los códices continuará en el siglo siguiente, pero ya uniendo estas formulaciones árabes con tipos expresivos europeos. Pero en el siglo X existe en toda España una unidad de formas, a lo menos en su radical normación, que permite adscribir nuestro país al ciclo cultural musulmán. La intensidad de la mozarabización de España obliga a considerar todas las manifestaciones artísticas de esta época no como peculiares de una escuela, sino de un período. No había opción para la sensibilidad. Todas las necesidades expresivas se desarrollaban dentro de una atmósfera que condicionaba su mozarabismo. Junto a la corriente cultural afro-andaluza, no había otra que pudiera equilibrarla ni a la que acogerse en nombre de ningún principio político. El tradicionalismo visigodo —en el rito, en la letra— se había consustanciado con una cultura cuyas formas expresivas eran de inspiración árabe. Se afianzaba así la insolidaridad de España con el resto de Europa, al estar garantizadas estas formas andaluzas con un núcleo tradicional del más egregio recuerdo. El barroquismo formal mozárabe albergaba una continuidad de los modos visigodos, que iban muy bien, por otra parte, con las aspiraciones de la monarquía asturiano-leonesa, a suceder y representar a la monarquía visigoda. Pero esta dualidad, que tan patéticamente conforma la historia de España, iba muy pronto a rectificar desde su raíz

todo el aparato cultural mozárabe. Una vez más la evolución histórica de España se realiza por tajante sustitución de los contrarios, por un desplazamiento de los modelos andaluces por sus antagónicos europeos. No es Córdoba sino Roma la que dirige en el siglo siguiente la cultura española. El siglo XI es un siglo en España que pudiéramos llamar *ístmico*. Nunca los pasos pirenaicos han sido cauce de tan fecundas transvasaciones. La fuerza política gravita también sobre esta tierra liminar que es entonces el sistema medular de nuestra cultura. Con Sancho el Mayor se inaugura no solamente un sistema político, sino una mentalidad que ha de dar sus frutos mejores en las generaciones siguientes. La enorme fuerza expansiva de Europa, que luego ha de encontrar su escape en las Cruzadas, en este siglo XI se vierte sobre España y la des-orienta. Una sed elemental de proselitismo y de placeres trae a España dos Cruzadas que se extinguen en su inexperiencia más que en su incontinencia. Pero estas bélicas vanguardias son lo menos eficaz de un férreo sistema ingenuo e integral, que rígidamente, sin cisuras ni contemporizaciones, incorpora la España cristiana a la órbita europea.

El siglo XI marca en la quebrada línea de la historia española un ápice de europeísmo. Su empuje juvenil y tan consciente de sentido universal, durará todavía dos siglos. Pero ya a fines del XIII la turbadora influencia del Sur volverá a mozarabizar a España. Ahora, sin embargo, nos encontramos con una vigorosa decisión antiislámica que resume y, en cierta manera, consume nuestra Edad Media. Pues puede decirse que con ella

se agota también nuestra capacidad de ofensiva contra los árabes. El istmo vitaliza a España en este siglo XI en cuanto es acogedor de iniciativas unificadoras con la Europa cristiana. España es el foco de atracción de todo el cristianismo apasionado de Europa. Por los puertos aragoneses descienden guerreros normandos, borgoñones y provenzales. Por los pasos navarros desfilan las caravanas mendicantes e iluminadas de los peregrinos que van a Santiago de Compostela. Y con una mentalidad de ofensiva, se apuran aquí occidentalismos, y la cultura europea impone a España sus modos más definidos e inexorables.

Ya a mitad del siglo XI el viraje artístico es tan radical que hace suponer una sensibilidad vuelta de espaldas a la tradición más inmediata. A los espacios entrecruzados y de aliento corto, al modulado preciosista del claroscuro en los interiores mozárabes, sucede la amplitud espacial, la onda larga, las perspectivas solemnes de la Catedral de Jaca. Y esta decisión de romanismo es tan incontenible y va tan *increscendo*, que la generación siguiente a la de los arquitectos de Sancho Ramírez concreta sus ideales en el monumento más modélico de la arquitectura europea de su tiempo: en la Catedral de Santiago. El fallo sobre su sincronismo con los monumentos próceres de la arquitectura románica francesa, es el juicio más definitivo sobre la coincidencia de formas de expresión con las contemporáneas europeas. Cuando alguna vez, como sucede en el Beato del Burgo de Osma y el de 1047 de la Biblioteca Nacional o en el Crucifijo de Don Fernando, se utilizan técnicas y aun formas mozárabes, es para que sirvan de cauce

a estados de sensibilidad, a apetencias expresivas de pánico dinamismo, de desaforadas ambiciones espirituales completamente antagónicas con el material árabe que las informa.

Otro tanto sucede con la política. El sistema de convivencia con los reinos musulmanes, que supone el régimen de parias, es contradicho por las ambiciones y el sentido, digamos totalitario, de la política europea. Se inaugura ahora, con decisión nacional exclusivista, la reconquista. Que es de tierra. De tierra sobre la que crecen pueblos y catedrales en solidaridad romana con los demás pueblos de Europa. Los nobles pasan del humilde papel de cobradores de los parias al de adalides y vigías en Extremaduras. A la tolerancia comprada con oro, a la acomodaticia fluctuación de los límites, sucede la fijación de unas tensas fronteras, que no son más que puestos avanzados para irradiar nuevas campañas. Las dos porciones de España —“las dos religiones”— se dan cuenta del planteamiento absoluto de la lucha, y mientras los islámicos se vuelan a Africa por medio de las falanges almorávides, los cristianos se dejan dirigir por una clerecía gaita que les impone la inexorabilidad y sentido ecuménico de unas consignas que eran entonces las de toda Europa culta. Los reyes leoneses y castellanos, conscientes de la inestabilidad de las fronteras, cesan desde ahora de tener la corte adscrita permanentemente a una ciudad. Hasta fines del siglo XIII su política está subordinada a las exigencias de la reconquista. Este sentido de la guerra contra el Islam, como una cruzada que imponen a España los obispos, abades y santos extranjeros aquí radicados, ex-

plica la singularidad de nuestra Edad Media con esos accesos de purismo europeo, en los que el Occidente extrema agresivamente sus calidades más esenciales y depuradas. Y también esas desganas y reblandecimientos, durante los que el Islam vuelve a tintar de orientalismo todas nuestras actividades creadoras.

En esta segunda mitad del siglo XI la lucha se plantea no como un pugilato de poder que pudiera resolverse con pruebas de sumisión del vencido, sino como la oposición de dos culturas incompatibles y cuyo signo de victoria era la posesión de la tierra del vencido. ¡Lástima que no se extremara esta oposición y no se ampliara también a una incompatibilidad racial! Se hubiera evitado que el mudejarismo sombrease y corrompiese las puras y fuertes formas europeas y habría desaparecido así ese sedimento morisco que nos impide entrañarnos sin reservas con las empresas culturales de Occidente. Y nuestras torres lucirían pétreas aristas vivas, en lugar de desmigajar al sol las moriscas labores de arcilla.

Pero antes de extirpar los reinos árabes fué necesario uniformar y hacer auténticamente ecuménica la cultura de nuestros reinos cristianos. Para ello era preciso que esta cultura estuviese abierta a las sugerencias romanas y que los extranjeros pudieran encajarse en sus destinos y hasta dirigirnos como en tantas ocasiones sucedió, durante el siglo XI. La *unicidad* del siglo XI en Europa (esta tendencia católica que garantizó la posibilidad del magno intercambio entre todas las mentes de la Edad Media y que determinó el carácter universal que la teología y el arte tuvieron en esta época) fué fomentada por

el extraordinario Papa Gregorio VII, que quería adscribir al Patrimonio de San Pedro a las naciones de Occidente. La unidad del dogma exigía la unidad de rito. Y en España existía desde la época visigoda un rito que se designó como mozárabe y que tuvo que ser sustituido por el romano después de enérgicas contradicciones. Asimismo la unidad de lengua y de cultura exigía también unidad de letra para que todos los escritos fueran comunicables. Y a la letra mozárabe, de abolengo visigodo, la sustituyó la letra francesa, que permitía el intercambio de manuscritos. Desaparecidas estas dos peculiaridades que nos aislaban del resto de Occidente, la cultura española pudo recibir y asimilar ese ímpetu de ofensiva que produjo en la segunda mitad de este siglo ese florecimiento de santos y de cruzados. Desaparecen de nuestros códices las ardidadas figuras estilizadas con sentido rítmico orientalizante y son sustituidas por graves personajes concebidos con una cierta monumentalidad de sentido arquitectónico. Y los ámbitos de nuestras iglesias se aclaran y se conforman a una diafanidad basilical acorde con la sensibilidad clásica.

Es natural que unos cambios tan sustanciales y que tan radicalmente contradecían los más íntimos postulados de la tradición española no pasaran sin protesta. Consta la repulsión encarnizada que merecieron de todas las clases de la sociedad. Los milagros de energía y de tenacidad que los legados pontificios tuvieron que desplegar impusieron al fin las reformas exóticas. Y estas reformas encontraron su mayor resistencia en los territorios leoneses y castellanos. La Catedral de Jaca es un episodio más de la polí-

tica romanista y antimozárabe de Aragón desde Sancho III, que tiene en Sancho Ramírez su principal valedor. En León esta política tuvo la fortuna de estar encarnada en Alfonso VI. En este monarca se simbolizan las virtudes que providencialmente hemos de encontrar repetidas en nuestros grandes monarcas de todos los tiempos: ímpetu expansivo frente al Islam con una significación religiosa que imponía la sustitución integral de la cultura musulmana por la cristiana y adhesión apasionada a las fórmulas exóticas occidentales que obliteraban todo casticismo y singularidad y colocaban a España en la ruta de la civilización europea. Como en el caso de todos los monarcas con análogas decisiones, fueron influencias familiares, sobre todo de sus consortes, las que alteraron esas ingerencias extranjeras que de tiempo en tiempo han aparecido en España impidiendo su inmersión en nuestra fatal propensión mozarabizante. Y en este cruce de luchas ideológicas y temperamentales colocamos el problema cidiano.

Nos encontramos así en un *climax* histórico que aclara la personalidad de nuestro héroe. Pero de la misma manera que los postulados romanos y europeizantes se interfieren no sólo en sus soluciones sino en sus protagonistas con las tendencias tradicionales, así en la conducta del Cid no encontramos una constante decisión unilateral, sino una adaptación a las circunstancias de su época, que, a veces, disimula el modo vital que le informa. Es posible que no se trate tampoco de una consciente actitud. Pero sus fórmulas vitales permiten colocarlo en la entraña de ese problema y adscribirlo a una de las dos partes

contendientes. Como hemos dicho antes, el tratamiento psicológico del Cid hay que trasponerlo al plano histórico. Sus direcciones políticas, al estar conformes con las de su pueblo, se transforman por la poesía en virtudes personales. De representante de un estado de opinión pasa a la calidad semidivina de héroe. El recuerdo del Campeador, mantenido en inconcreta atmósfera de admiración, se plasma medio siglo después de su muerte en un anecdotario heroico que simboliza en el Cid virtudes señeras. Y es por el juego y eficacia de estas virtudes por las que se explican sus peripecias personales. Intente-mos formular su perfil heroico a través de la dramática historia de nuestra nación en la segunda mitad del siglo XI. El Cid en su necesidad histórica; tal es nuestro emplazamiento del problema.

\* \* \*

Consideramos al Cid como un prototipo del caballero mozárabe. Asignación ésta que explica su patética y orillada vida de héroe desterrado. Hay en sus relaciones con Alfonso VI algo más que un juego de envidias y renovados rencores. Se advierte una insuperable incompatibilidad mutua, que muchas veces el corazón quiere salvar, pero que imperativos doctrinales lo impiden. Vuelve el Cid a la gracia del rey, y el vasallo, sumiso, muerde las hierbas de la tierra ancha y en la boca besa al soberano. Pero en seguida, fiel cada uno a su poderosa ley íntima, se alejan por horizontes distintos. Ese vago malestar que flota en el Poema, ensombreciéndolo con la persistencia del encono real, tiene que ser

salvado por una clave histórica. Es la única malsana obsesión en este casto Poema tan terso y grave como la tierra en que se escribió. Tenemos que explicar la inutilidad de los heroísmos cidianos y los desvíos de la corte hacia las hazañas levantinas de nuestro caballero, por algo más eficaz y consistente históricamente que por rurales envidias de tribus vecinas. Y no disminuir su grandeza y su simbólica significación histórica haciendo radicar su excelsitud en algo más cotizable que en modestas virtudes personales. Parece que una fatalidad inexorable lanza al Cid contra los príncipes cristianos, singularmente contra los reyes de Aragón y los condes de Cataluña, y lo coloca al lado de los árabes. Y no precisamente en momentos episódicos, a consecuencia de la errante necesidad del Campeador de procurarse campo para sus hazañas, como nos muestra el Poema, sino en acciones vitales para el proceso de la reconquista española, que de haber triunfado es posible que hubiese cambiado la faz de nuestra Edad Media.

Ya a los veinte años de edad, y en compañía del infante Don Sancho, ayuda a Almoctadir, rey moro de Zaragoza, en la desgraciada batalla de Graus, donde Ramiro I de Aragón es vencido y muerto por los musulmanes. El reino moro de Zaragoza, que hubiera sido presa fácil de los reyes cristianos, pudo resistir hasta la victoria ofensiva de Alfonso I el Batallador, gracias a la protección del Cid. Con desaliento contempló Sancho Ramírez en 1082 la salida del Cid de la frontera de este reino de Zaragoza y su conquista de Monzón y de Tamarite. Y otra vez junto con Mutamin, rey moro de Zaragoza, desbarató el ejército de los condes catalanes, cogiendo

prisionero al conde Berenguer de Barcelona. Dos años después el Cid derrota en Morella a Sancho Ramírez, el cual pretendía, más que auxiliar a Alhajib de Lérida, expulsar al Campeador de tierras aragonesas y poder forzar así la marcha de la reconquista y evitar las correrías que en nombre del rey moro hacía el Campeador por tierras cristianas.

La posición estratégica de Zaragoza hacía de esta ciudad una de las claves de la reconquista cristiana. Alfonso VI, que tan hondamente sintió su responsabilidad imperial, consiguió el reconocimiento por Sancho Ramírez no sólo de derecho, sino de facto en su prioridad en la lucha contra el Islam. Y en 1085 sitió Zaragoza. El Cid ayudó a evitar que el mismo año cayesen Toledo y Zaragoza, pues es lo cierto que no figuró en las mesnadas de Alfonso y que permaneció dentro de las fronteras del rey Mutamin de Zaragoza. Y que este fracaso del rey de León fué trascendental para las rutas históricas de España, pues impidió que se realizara la unidad nacional varios siglos antes que bajo los Reyes Católicos y con una comunidad lingüística y sentimental que ya no fué posible conseguir, limitando al Sur de España la acción reconquistadora de León y Castilla, y abandonando las empresas levantinas, a pesar de la reiterada atención que Alfonso VI ponía en estos territorios, como luego veremos. Nuevamente se vió Zaragoza amenazada en 1092, con un Castellar, puesto por el rey de Aragón cuatro kilómetros río Ebro arriba. Y nuevamente acudió el Cid en socorro del rey moro, interviniendo para el acuerdo de un armisticio entre Mostain y Sancho Ramírez.

La acción del Cid en tierras valencianas, que según el Poema es una serie de inauditas proezas que culminan en la toma de la ciudad, es, conforme a la realidad histórica uno de los procesos más lamentable en las incidencias de la reconquista y una de las muestras más patentes del desarraigo del Cid en la política nacional y de su incomprensión de las nuevas realidades políticas del mundo cristiano en su inexorable posición frente al mundo musulmán. En esta etapa de su actuación, el Cid exalta sus valores de héroe, su eminencia humana, todas las calidades míticas que exige la heroización —hasta un cierto descifre y una cierta fatal incontinencia frente a los tesoros de los vencidos—, pero falta la humildad del vasallo, la subordinación de los ímpetus de dominio a una política de vuelo amplio que permitiese la inclusión de las tierras mediterráneas en las decisiones de reconquista de los reyes cristianos. El halago con que era tratado en la corte mora de Zaragoza fué el demonio malo del Cid. La heroica tutela que ejerció sobre este reino musulmán le impuso obligaciones de pelear contra todos los reyes cristianos que apetecían esta presa. Y, efectivamente, la reconquista en la región aragonesa no avanzó hasta la muerte del Cid. En cuanto los reyes de Aljafería no contaron con la ayuda de este formidable adalid, el reino de Zaragoza se desplomó y la reconquista rebasó con Alfonso I la cuenca del Ebro. Pero veamos las incidencias de la campaña de Valencia, ganada al fin por el Cid a la morisma, pero no para ser incorporada a los reinos cristianos españoles.

La conquista de Valencia fué una obsesión

para los reyes leoneses durante el siglo XI. Incluían a esta ciudad en el campo de sus dominios y de sus futuras ambiciones, y veían también en ella un medio de comunicación directa con los reinos cristianos de Italia. Ya Fernando I le puso cerco en 1065, y quizá la hubiera tomado a no haberle sobrevenido frente a sus muros la enfermedad que le llevó al sepulcro. Alfonso VI anheló siempre mantener en sus manos el destino de esta ciudad y apoderarse de ella con esa feliz mezcla de astucia y de energía que le valió, sin demasiado esfuerzo, la conquista de Toledo. Y así, al rey que tan melancólicamente le abandonó esta ciudad, lo colocó como señor de Valencia en el año siguiente 1086. Fué el famoso Alvar Fáñez, el "caballero de prestar" del Poema, el que, al frente de gran fuerza de castellanos, entró en Valencia como protector de Alcadir y lo impuso en el trono de esta ciudad. Dos años después, en 1088, es el mismo Cid el que entra en Valencia como aliado del rey moro de Zaragoza, Mostain, sin que su entrada en la ciudad perturbe el normal dominio musulmán.

Es entonces cuando ocurre una de sus reconciliaciones con Alfonso VI, coincidiendo, es cierto, con un enmarañamiento de la política de los reyezuelos y señores moros de Levante, que hizo difícil y enrarecida la situación. Pero esta superficial reanudación de la amistad fué también extrañamente fatal para los intereses de la cristiandad. Pues sitiada Valencia por Berenguer, conde de Barcelona, se salvó por la llegada del Cid con 7.000 guerreros. Y este inoportuno regreso motivó que Alcadir continuase dueño de Valencia, y que se retrasase en un siglo y

medio la incorporación de su reino a los dominios catalano-aragoneses. Berenguer, que hubiera cristianizado, naturalmente, Valencia, huyó antes de pelear con las huestes de Rodrigo. El Cid recibía un tributo de Alcahir, a cambio de una protección tan eficaz que hizo volver a su vasallaje a los castillos y ciudades vecinas.

Más grave significación tuvo para el porvenir político de España la desgraciada actuación en 1092 del Cid, cuando la satisfacción de sus rencores personales sirvió, por rara casualidad, para que no pudiera conseguirse uno de los objetivos nacionales de más trascendencia: la conquista de Valencia por Alfonso VI. Los reyes cristianos, bajo la dirección y señorío del Emperador, se aprestan a arrancar a los árabes la parte quizá más rica y estratégicamente más valiosa de la España musulmana. Y esta empresa debió de tener carácter de cruzada, pues se unen al rey de Aragón Sancho Ramírez, al Conde de Barcelona Berenguer y a Alfonso VI, las repúblicas de Génova y de Pisa con sus flotas. El rey Alfonso planta sus tiendas frente a Valencia. Uno de los primeros objetivos de esta expedición fué desplazar al Cid, que era el brazo armado de Alcahir y el obstáculo más decisivo que habían encontrado siempre para empresas análogas. Y ahora comienza el Emperador por exigir para sí los tributos de los castillos vecinos de la capital que le eran debidos por depender este reino del de Toledo y que eran pagados al Cid. Este entonces, por alejar el grave peligro en que estaba Valencia y evitar su caída en poder de Alfonso y satisfacer además sus odios cortesanos, invade la rioja castellana

—territorio de su rival en la corte García Ordóñez— y devasta la región tan terriblemente que el rey Alfonso se ve obligado a levantar el sitio de Valencia para acudir en socorro de su vasallo castellano. A poco de levantar el cerco, se presentan frente a Valencia las naves genovesas y pisanas que, faltas aquí de objetivos, se sitúan entonces sobre Tortosa, mientras el rey de Aragón y el de Barcelona la atacan por tierra. El Cid, que había asolado la rioja cristiana con sus fuerzas y muchas auxiliares moras que le habían prestado los reyes moros de Zaragoza y Lérida, vuelve a tierras de Levante. Y las fuerzas cristianas derrotadas se repliegan a sus antiguas fronteras. Tuvo este fracaso la consecuencia inmediata de impedir la reconquista definitiva de toda la tierra levantina. Lo cual hubiera compensado la derrota de Sagrajas y hubiera colocado ante Yusuf un frente compacto y seguido, que fatalmente —pasado el aluvión almorávide— se hubiera derramado sobre la España musulmana, fraccionada, incapaz de resistencia. Quizá la reconquista de toda España se hubiera terminado en este caso en la primera mitad del siglo XII. Y otra consecuencia mediata: Alfonso VI, con la desgana de varios fracasos, se desinteresa de la reconquista de esta región, que políticamente consideraba como suya al estar unida al reino de Toledo, y entonces Valencia cae bajo la esfera de acción de la reconquista catalano-aragonesa. Piénsese en las perspectivas tan distintas a las de nuestra historia medieval y moderna, si Castilla hubiera tenido como puerto normal Valencia y se hubiera incorporado así a las empresas medi-

terráneas. Y si Valencia hubiera estado adscrita cultural y lingüísticamente a la órbita castellana.

Desde esta amarga retirada de los reyes cristianos de tierras levantinas, queda el Cid como único protector y aspirante al dominio de este rico país. Y, efectivamente, la guerra que en seguida emprende contra Valencia no la hace en nombre de ningún principio civilizador ni de ningún soberano cristiano, sino como vengador del regicidio de Alcadir y aliado de una de las facciones moras. Es así como toma posesión de esta ciudad y con estas premisas de convivencia y colaboración con los musulmanes de estilo mozárabe, transcurre su dominación. Dominación infecunda desde el punto de vista nacional y que se extinguió oscuramente sin dejar ninguna huella política ni cultural.

Y vengamos ahora a las hazañas del Cid contra los almorávides, empresas que se han considerado como las más patrióticas y eficientes del Cid desde el punto de vista de la España cristiana. Y advertiremos que su insolidaridad con los príncipes cristianos es tan profunda que ni aun en este trance se aviene a participar en la empresa común contra una de las más terribles invasiones que ha padecido España. Ante las amenazas de Yusuf se juntan a las fuerzas de Alfonso VI, las del rey de Aragón Sancho Ramírez, las de Alvar Fáñez, que entonces estaban en Valencia, y otras de allende el Pirineo. Y ocurre el desastre en Sagrajas. Y el Cid está ausente de tanto duelo. Más tarde la ira de Alfonso VI se encrespa contra el Cid al no acudir éste al lugar convenido para unir sus tropas a las del rey que marchaba en auxilio de Aledo. Ciertamente que las exculpaciones que

dió el Cid son valiosas. Pero algo más profundo que una mala interpretación de las incidencias de la ruta de los ejércitos separaba a los dos personajes. De la existencia de una política antiislámica y de solidaridad entre los reyes cristianos es otra prueba la asistencia personal de Sancho Ramírez en auxilio de Alfonso VI contra el cerco que a Toledo había puesto en 1090 el mismo Yusuf. Y gracias a esta colaboración Yusuf tuvo que retirarse. También el Campeador está ausente en este momento crítico.

Para comprender la pasión y el heroísmo que el Cid puso en su lucha contra los almorávides, compatible al mismo tiempo con su permanencia y su tutela en los reinos moros de Levante, hay que observar que los almorávides eran tan enemigos de los reinos cristianos como de los taifas musulmanes refinados y muelles e inobservantes de las asperezas que imponía el Corán. Ejemplo de este odio a los que Yusuf consideraba como traidores fué la desgraciada suerte de la ciudad de Sevilla, saqueada por los almorávides y miserablemente cautivo su rey Motamid.

Una ola de terror crece en las reinos musulmanes ante las amenazas de la invasión almorávide. Es como aliado y en nombre del rey de Valencia cómo el Cid fortifica Peña Cadiella. Las obras de esta gran fortaleza —que luego fué fácilmente rebasada por los almorávides— se realizaron con dinero y operarios que proporciona ese rey musulmán. La nueva alianza de 1092 entre Mostain y el Cid se debió al temor del rey moro de Zaragoza a las incursiones de Yusuf. Una vez posesionado de Valencia, el Cid tuvo que enfrentarse con el monarca africano ansio-

so de reconquistar a toda costa la gran ciudad mediterránea. Es ahora cuando el Cid, en duelo con el poder quizá más fuerte entonces, despliega todo su valor y su maravilloso talento de caudillo y de estratega. Y vence a Yüsuf en victorias de gran importancia para la definitiva contención de los africanos. Ante el ataque de las tropas almorávides a Valencia, por raro y único caso, los príncipes cristianos permanecen inactivos. ¿Es acaso que este ataque tuvo poca importancia a juzgar por las escasas bajas que hubo en el campo cristiano en la batalla de Cuarte según un historiador musulmán contemporáneo? ¿Es acaso porque estos príncipes consideraron que la insolidaridad y el aislamiento del Cid y su inoperancia en la política nacional hacia inútiles sus esfuerzos? Quizá el peligro de esta brutal invasión, quizá también la influencia del obispo cluniacense Don Jerónimo, francés del Perigord, cuyo ardimiento antiislámico exalta tantas veces el Poema, pudieron motivar una mayor decisión de exclusivismo religioso en los últimos años del héroe. Parece advertirse al final de su vida una mayor adhesión a las ideas europeas de cruzada que tanto habían influido en la política del rey de León.

\* \* \*

Queda, pues, planteado el problema cidiano dentro de una realidad cultural perfectamente encajada en los episodios de su época. El Cid históricamente es un retrasado. Su vida se adapta perfectamente a una mentalidad tradicional que había tenido vigencia en el siglo x y en la primera mitad del

siglo XI, pero que en su tiempo había sido ya desplazada de la dirección de los negocios políticos por influencias romanistas y europeas. Hemos señalado como característica de los héroes de todos los tiempos, su actuación marginal a las fuerzas estatales. Esta actuación puede provenir de causas muy diversas, pero, desde luego, una de las más eficientes es la de la arritmia temporal. Como una ley sin casi excepciones puede proclamarse que los héroes manejan conceptos y técnicas de lucha retrasados respecto a los imperantes en su tiempo. Don Quijote bordea la calidad heroica, precisamente por el carácter de rezagado con que plantea sus hazañas. El héroe no lo es por la excepcionalidad de su bravura, sino por la excepcionalidad de su situación. Por su soledad y fatal aislamiento, que marca con un signo trágico su destino. Caen sacrificadas las falanges de todos los ejércitos sin que esta sangre quede consignada en la poesía. En cambio, los marginales, los desencajados, aquellos que arrostran su incompatibilidad con las formas vitales y culturales de su tiempo, son acogidos en el regazo de la poesía y su inevitable fracaso se aureola de calidades heroicas.

Todas las empresas del Cid están concebidas, como las de Don Quijote, con un siglo de retraso. Su carácter de franco tirador, sus relaciones con los reyes cristianos y con los reyes moros, el sistema de parias con que practicaba la lucha contra el Islam y su adaptación y admiración por la cultura musulmana, el carácter inestable de las fronteras con que concebía sustantivamente sus dominios, la falta de consciencia del valor permanente de los

reinos cristianos, viéndolos fluctuantes y a merced del humor personal de sus monarcas..., todo su sistema político, en fin, correspondía exactamente al de una mentalidad mozárabe. No es tampoco de extrañar esta posición, normal, por otra parte, en gran número de las clases directivas españolas. Fué Castilla uno de los más fuertes baluartes del mozarabismo. Quedan de ello muchos indicios. Castellano era el caballero que lidió en favor del tradicional rito mozárabe. Y en Castilla encontró su derogación los mayores obstáculos. Castellanos eran los caballeros que siguieron al Cid en su marcha a cortes moras. La mozarabización artística de Castilla fué tan intensa que se ha pensado en designar con el nombre de arte condal al arte mozárabe castellano, de Fernán González y de su sucesor el conde Garcí-Fernández, por la abundancia de restos que se están encontrando.

Y aun quizá no fuera aventurado suponer que la rivalidad entre Castilla y León, teniendo en cuenta los influjos extranjeros que dominaron en la corte, se manifestó como una reacción de tradicionalismo —de mozarabismo— contra las fórmulas ultramontanas de gobierno. Pero es lo cierto que la singularidad y aislamiento del Cid, su despego de la política nacional, de los férreos postulados de reconquista de Alfonso VI. y de los reyes de Aragón, si han sido explicados por la poesía por motivos pasionales, no pueden ser interpretados por la historia más que con la clave de su mozarabismo. Ello libera al Cid de más graves condenaciones por la insolidaridad de su conducta, siempre a contrapelo de los ímpetus reconquistadores de los reyes cristianos. Su

falta de una integral aversión a los musulmanes es la misma que la de los cristianos mozárabes, bien hallados en las poblaciones moras, adaptados a sus costumbres y cultura, con sus obispos y templos y hasta con su vida civil independiente. Sabemos que los mozárabes de Valencia intrigaban durante el cerco por la victoria del Cid. Que éste, una vez conquistada la ciudad, colocó a los mozárabes valencianos para defensa de las torres. Fué la época del Cid la más abundante en cruzados extranjeros, que acá venían con fervor de universalidad católica y de rigor bélico excluyente del Islam en todos sus aspectos. Quizá la misma inexorabilidad de sus postulados hizo fracasar a varias de estas cruzadas. Las guerras de reconquista, cuando estaban dirigidas por españoles, contaban con la realidad de la convivencia, tolerada durante siglos con la necesidad de no devastar el país conquistado. Pero, aun cuando las cruzadas tramontanas no alcanzaran la eficacia bélica con que se había planeado, dejaron su huella en la dirección y espíritu que la reconquista tuvo en el siglo xi. Desde este momento, las dos civilizaciones aparecieron como excluyentes y la forma habitual de sus relaciones fué la lucha. Pues bien: entre los guerreros que acompañan al Cid no figura ningún nombre extranjero, a pesar de los innumerables caballeros que acá llegan a combatir al Islam. Ya D. Ramón Menéndez Pidal. —en su libro admirable *La España del Cid*— reconoce que estas cruzadas debieron suscitar alguna protesta de la que no debió estar ausente el Cid. La enemiga del Cid a este tipo de política unificadora de todo el Occidente bajo la dirección espiritual de Roma, fué

recogida hasta por la poesía popular de épocas posteriores. Así en el Poema de las Mocedades de Rodrigo y en los romances, el Cid aparece como airado campeón de España contra el Pontífice.

Este Cid que se mueve siempre entre moros, no lucha ni se opone inexorablemente más que con príncipes cristianos. La parte de su vida más fecunda en hazañas la pasó en cortes moras. Siete años estuvo en la de Zaragoza protegiendo a su rey contra todos los ataques musulmanes y cristianos. De enorme prestigio gozó entre los moros y cristianos mozárabes de la ciudad, hasta el punto de que bajo Mutamin, Rodrigo dirigía este reino y lo protegía militarmente. Fué principalmente en su fuerza en la que se apoyó el rey moro de Zaragoza, Moctadir y, después, Mutamin, su sucesor, para negar los parias que antes pagaban a los reyes de León y de Navarra. Fastuosamente y con exaltación de triunfador es recibido en Zaragoza en 1082, cuando derrota, cerca de Tamarite, a Alhayib de Lérida y al conde Berenguer de Barcelona. Sólo un profundo conocedor de las habilidades y sinuosidades de la política de los reyezuelos y señores de castillos árabes, pudo, como hizo el Cid, permanecer diecisiete años entre ellos, siendo siempre indispensable a unos o a otros y cotizando su ayuda con fuertes tributos.

¡Qué diferencia entre esta política infecunda para el porvenir nacional de España y la neta y decidida de Alfonso VI! Evidentemente, el genio popular si no acertó con los motivos de la incompatibilidad entre los dos personajes, sí estuvo afortunado al oponer la figura del rey, consciente de su imperial significación cristiana a la del vasallo, extravagante.

te en hazañas de estricta significación personal. Alfonso VI continuó la línea de política antiárabe de sus antepasados Sancho el Mayor y Fernando I. Esta política se vió reforzada por las inspiraciones europeas de sus esposas Doña Inés, hija de Guillermo, duque de Aquitania, y Doña Constanza, hija de Roberto duque de Borgoña. Y por la invasión de letrados y nobles extranjeros, obispos y santos que gobernaron espiritual y políticamente a España —por el lado de Aragón, la reina Doña Felicia de Roucy, esposa de Sancho Ramírez, y su séquito, provocaban problemas análogos—, imponiendo unas normas de intransigencia antiislámica que, aunque relajadas muchas veces, fueron, sin embargo, la constante de nuestra Edad Media. Con todas las reservas, esta mediatización de los extranjeros en la dirección del país cristiano debió provocar reacciones tradicionalistas como la que simboliza el Cid, de intención algo parecida a la protesta que las comunidades representan contra la política ecuménica del Emperador Carlos V.

Es el Cid el que se aleja de Alfonso, a pesar de las honras y perdones de éste, requerido por sus empresas levantinas. Y más sospechoso para perfilar la significación mozárabe cidiana que el desinterés de Rodrigo por las guerras de los príncipes cristianos, es la ausencia de éstos de los proyectos de nuestro héroe. Ninguno de sus gestos está convalidado nacionalmente por la presencia de los soberanos españoles. El Cid acepta la alianza, en 1096, con Pedró I de Aragón, precisamente cuando este rey tenía como enemigo a García Ordóñez, el rival castellano de Rodrigo. Esta intervención del espíritu mozárabe en la lucha contra los moros

es la única explicación a la enorme duración de la reconquista. Y, por consecuencia, a nuestra desgana y falta de aptitud para aceptar con plenitud las premisas renacientes.

Durante toda la Edad Media, la sensibilidad española está proclive a la mozarabización. Fuera de algunos momentos tensos en que la conquista es sentida como una cruzada, y después como postulado indispensable para la unidad de España, los reyes castellanos se encuentran compatibles con la vecindad islámica y con el intercambio de sus gustos. Pero ahora nos encontramos en una de esas fases de exaltación romanista y europeizante, en las que, como sucede siempre, los intereses espirituales y territoriales de la España cristiana coinciden con los modos y anhelos de la civilización occidental. Rango prócer y de cotización ecuménica, alcanza así no solamente nuestra política, sino también nuestros monumentos afines a lo más selecto del románico y nuestra literatura, de cuyo contagio europeo fué víctima afortunada el mismo Cid. Y este ímpetu cultural modificó en siglo y medio el mapa político de España con más eficacia nacional que todos los demás siglos de reconquista. Gran fortuna tuvo esta cruzada europea en ser servida por un rey tan comprensivo y dócil a las inspiraciones de la civilización romanista como Alfonso VI. El afianzó todos los contactos con la Europa culta. Dispendiosamente protegió a la Abadía de Cluny, aumentando el censo que pagaba ya Fernando I. Gran propulsor de la peregrinación a Santiago de Compostela, todos los puentes de la ruta de esta peregrinación fueron por él reparados y continuados. En los es-

critorios, los miniaturistas habían sustituido las turbulentas formas mozárabes por los simples y compactos volúmenes romanos. Y en el misal de San Pedro de Osma, uno de los santos extranjeros que entonces florecían en España, un calvario de nobles figuras patéticas sucede a los delirantes orientalismos de la simbología apocalíptica. A su alrededor, todos sus súbditos —con la excepción del Cid— se agrupan penetrados de las nuevas decisiones de reconquista. ¡Lástima que el desbordamiento almorávide contuviera sus ansias expansivas! Con el ritmo que después de la conquista de Toledo llevan sus empresas, quizá no hubiera quedado a sus sucesores mucha tarea bélica.

\* \* \*

Frete a este rey, que queda en la historia de nuestra civilización como uno de los más eminentes símbolos del dramático afán de España por insertarse en la órbita europea, se levanta el Cid persistiendo en un tradicionalismo inoperante ante el irreductible planteamiento de las nuevas modalidades de la Reconquista. Esta obcecación, servida con una grandeza militar y una habilidad política eminentes, obstaculizó muy seriamente la tarea reconquistadora de los reinos cristianos españoles. El mozarabismo de Rodrigo, quizá por hábitos de ambiente en su juventud, se afianzó por su larga y prestigiada estancia en cortes moras. Allí —según consta documentalmente— gustaba de escuchar la lectura de relatos históricos árabes. Se había compenetrado con sus gustos. Y obstinado en la repulsa de las novedades europeas, no quiso

aceptar la reforma de la letra, decretada por Alfonso VI, y en su corte se mantiene la letra toledana. Y sin embargo, el Cid no se dejó vencer por la molicie y los refinamientos de estas cortes moras. De todos los recuerdos históricos cidianos se desprende un acre y viril perfume de castidad, una austera fortaleza que la mantiene siempre a punto para todas las hazañas. Este contraste es una manifestación más de su mozarabismo que permitía la convivencia de las virtudes cristianas con su adscripción a la cultura y modos árabes. Mozárabe es el apelativo con que lo conoce la Historia. Y es digno de observar que este *Sidi Campeador* no despertara interés en los historiadores cristianos contemporáneos, y sí, en cambio, en los árabes, que recogieron la aureola de heroísmo sobrehumano con que seguramente lo vieron los musulmanes de su tiempo. Y cuando la historiografía cristiana medieval relata las hazañas cidianas, es traduciéndolas de textos arábigos.

Es el poema el que ha impuesto un Cid tan distinto al histórico, acaso por estar compuesto medio siglo después de muerto el héroe, y en pleno triunfo romanista. Y precisamente el carácter de héroe nacional con que popularmente es aquí concebido indica el profundo cambio que la sensibilidad española había sufrido en este tiempo merced a las nuevas ideas. Sigue habiendo moros amigos, como Abengaldon. Pero en todo el poema triunfan las ideas romanistas y una gran pugna implacable separa al mundo árabe del cristiano. Cuando el Cid abandona las tierras de su rey no es para acogerse a cortes moras en las que cotizar su fuerza y su esfuerzo, sino para buscar en el mundo musulmán

enemigos a quienes vencer y a cuya costa pudiera prodigar heroísmos. Como todos los héroes, el Cid se levanta sobre un pedestal de victorias. Que en el Cid del siglo XII -- en pleno fervor de reconquista -- es natural que lo fuera sobre los enemigos de la España cristiana. Nota esencial en los héroes populares es la simplicidad y unilateralidad de su carrera hazañosa, que no es tan indispensable que sea triunfal en todos los momentos como que sea continuada, con una fatal persistencia en una obstinada dirección. Y así el Cid poemático conjuga la ingratitude real que, como una estrella maléfica, pende sobre su cabeza, con la embriaguez del ímpetu triunfal siempre renovado contra las huestes musulmanas. Queda, así, su personalidad poética sombreada por el ala melancólica del destierro, pero gallarda al mismo tiempo de hazañosos botines repetidos. El radicalismo con que los cruzados traspirenaicos plantean la reconquista permitió la creación de este tipo heroico, tan afín en el fondo a sus similares europeos. Quizá se deba a esa falta de unilateralidad europeizante, de decisión imperial, que sólo ha poseído nuestra historia en raros y felices momentos, la parquedad de nuestra literatura medieval en la creación de tipos heroicos. Sólo el Cid se alza señero, prototipo humano de bondad y de bravura. Los auténticos heroísmos y genialidades estratégicas del Cid histórico fueron aprovechados para la creación del Cid poemático. Históricamente, el Cid fué un héroe cuya actuación mozarabizante le impedía ser convertido en personaje popular por ese carácter bidimensional de sus hazañas. Y el siglo XII crea ese Cid poético, cuyo empuje de proa contra el mundo musulmán de Levante le convierte en héroe.

nacional. La poesía, que es siempre más verdadera que la historia, ha rectificado la híbrida actuación de nuestro héroe, consecuencia de su tradicionalismo mozárabe, y lo coloca en la lógica de su tiempo, coincidente con los proyectos de Alfonso y con los de su obispo D. Jerónimo. Y esta poética rectificación de su personalidad histórica le ha permitido afrontar la inmortalidad y circular por la poesía de todos los tiempos como arquetipo de héroe.

JOSÉ CAMÓN AZNAR.



# NOTAS

